

BIBLIOTECA



Foto: José del Río Mons.

Crónica de la narrativa española

Los últimos meses del año pasado vivieron bajo el síndrome Eduardo Mendoza, que publicó *Una comedia ligera* (Seix Barral), matizado a un lado por la crudeza autodepredadora de las memorias de Jesús Pardo, *Autorretrato sin retoques* (Anagrama), y por el otro, por la agitación que despertó en dos articulistas de nota —el novelista Antonio Muñoz Molina y el crítico Ignacio Echevarría— la última y extensa novela de Rafael Chirbes, *La larga marcha* (Anagrama). Ha habido más motivos de interés —incluso de interés superior—, pero estos tres datos explican aún la persistencia de la posguerra en las letras españolas de ahora mismo y adicionalmente confirman la afición del intelectual español —sea periodista, sea psiquiatra, sea novelista— por el género de la memoria. Ahí cuenta la presencia continua desde hace varios años de Andrés Trapiello, que publica la quinta entrega de sus diarios, *Los caballeros del punto fijo* (Pre-Textos), mientras otro asiduo diarista, Miguel Sánchez-Ostiz, persigue fantasmas colectivos más recientes pero heredados de una forma de antifranquismo en otra novela, *La caja china* (Anagrama). Lo cual confirma la existencia de escritores de calidad efectiva y alguna vocación periférica.

¿Por qué está resultando tan complicado explicar con naturalidad que *Una comedia ligera* no es una gran novela ni, desde luego, superior a las dos obras hasta ahora más ambiciosas y fascinantes del autor, *El caso Savolta* y *La ciudad de los prodigios*? Si uno de los rasgos más visibles de la novela contemporánea en España en su plena conciencia de aclimatación europea, su conquistada aptitud para atraer y gustar a lectores que carecen de referencias sentimentales ligadas a nuestra historia reciente, no acaba de entenderse por qué no practicar también el ejercicio de distancia y elegancia que significa leer las novelas sin la convicción de que sus autores están ya en las historias de la literatura. Mendoza ha contado con oficio seguro una espiral pesadillesca en torno a un escritor de comedias populares —con equívocos, chistes gruesos, retruécanos y asesinatos inverosímiles—, situada en los años cuarenta y dominada enteramente por una mirada paródica y piadosa. Ni acentúa el punzón hiriente de la sátira —que no parece estar en la mano de Mendoza— ni desemboca todo ello en una nueva conciencia adquirida por el protagonista Prullàs en torno a la verdadera naturaleza del régimen en el que vive —y cuyo sostén social es la platea que suele aplaudir sus estrenos. Ni siquiera desemboca en la conciencia sobre la verdadera naturaleza de la literatura que practica: va poco más allá de un retrato en caricatura —y con páginas, muchas páginas excelentes— de la Barcelona

de los años cuarenta recorrida desde el Barrio Chino, pasando por la policía y llegando hasta la burguesía acomodada a la que pertenecen Prullàs y el muerto. Dato menor, mera contextualización propicia para un caso de sutileza literaria, pero que sintoniza con averiguaciones afines: *Muntaner*, 38 (Debate), de J.A. Garriga Vela ha escogido un edificio de esa calle barcelonesa en la posguerra para reunir allí las penurias colectivas y las neurosis personales que cobijaron tantas fincas urbanas del Ensanche y fuera de él. Por ejemplo, en el Barrio Chino y sus inmediaciones, como acaba de relatar Maruja Torres en *Un calor tan cercano*, con pulso narrativo menos firme del que suele exhibir esta extraordinaria periodista en sus crónicas y reportajes. Antonio Soler ha ganado el premio Anagrama de este año con una novela, *Las bailarinas muertas*, con un excelente olfato para los detalles de atmósfera y clima. También aquí se trata de la Barcelona de la posguerra, tomada desde el ángulo de los cabarés y sus pobladores marginales, excéntricos, sentimentales y raros (incluidas las bailarinas). Toda la piedad que destilan esos retratos está también en la otra cara de la novela: el recuento de la vida de infancia del hermano pequeño del bailarín que ha ido a instalarse a Barcelona.

Los otros libros de esta nota disparan con bala a objetivos complementarios entre sí. Jesús Pardo ha sido durante muchos años corresponsal español en diversos países europeos y ha publicado diversas

novelas (que no conozco). Entre algunos amigos y colegas se ha extendido la idea –cierta– de que este libro significa un punto de referencia seguramente indisputable para la densa tradición memorialística de los últimos veinte años. Lo es porque la cuña utilizada para desbrozar el camino recorrido –por dentro y por fuera– es inusualmente deformada. La afectación de las memorias suele estar instalada en la lealtad a los amigos, a la familia, al trabajo, a los conocidos célebres, a los conocidos menos célebres, a la propia personalidad forjada contra viento y marea, etc. La afectación de estas raras memorias está en lo contrario, y por ello resplandecen de manera brillante y angustiosa. Son el patito feo de la memoria reciente y ese ha sido su desafío de autenticidad: descubrir lo que uno no quiere saber de sí mismo y los demás, y decirlo. No hay protesta, denuncia ni ira frente a tanta mezquindad conocida y ejercida: hay constatación y registro, quizás alguna melancolía por ser las cosas como fueron, vistas desde dentro del régimen.

Por otra parte, los retratos de escritores y del funcionamiento del periodismo real son una verdadera lección sobre el deterioro propio y ajeno. Se acentúa la vena grotesca con la mayoría de ellos, se absuelve a alguno prematuramente fallecido (y escritor de interés menor al de muchos a los que maltrata, Carlos Salomón), pero se reconstruye así una atmósfera contagiosa y mugrienta. Todo ello invita a reflexionar sobre la pacífica evocación de los mismos